

VLADÍMIR SOLOVIOV

**INTRODUCCIÓN A
LOS PRINCIPIOS
DEL CONOCIMIENTO**

Y OTROS ESCRITOS DE FILOSOFÍA

Edición preparada por
MIRIAM FERNÁNDEZ CALZADA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

Tradujo Miriam Fernández Calzada de los textos originales en ruso

© Ediciones Sigueme S.A.U., Salamanca 2024
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2207-3
Depósito legal: S. 119-2024
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación. Filosofía y vida,</i> por Miriam Fernández Calzada	9
--	---

SELECCIÓN DE ESCRITOS DE FILOSOFÍA

Los principios filosóficos del conocimiento integral. Introducción histórica general. Sobre la ley del desarrollo histórico (1877)	31
La tarea histórica de la filosofía (1880)	81
Discurso en la sala de la Sociedad de Crédito (1881)	97
En el camino hacia la auténtica filosofía (1884)	103
Sobre la caída de la cosmovisión medieval (1891)	121
Sobre las falsificaciones (1891)	135
<i>Colofón. Dos corrientes</i> (1897)	151
<i>Índice de nombres</i>	157

PRESENTACIÓN

FILOSOFÍA Y VIDA

MIRIAM FERNÁNDEZ CALZADA

La corta vida de Vladímir Soloviov (1853-1900) fue, ante todo, un viaje ininterrumpido de búsqueda espiritual y de servicio, una vocación de la que muy pronto se hizo consciente y que nunca abandonó. Un viaje, por cierto, plagado de obstáculos, desencantos y tragedias. En efecto, algunos de sus sueños y proyectos resultaron ser espejismos, cosa que él mismo reconocerá con dolor. Pero no por ello se detuvo, sino que siguió luchando, a su manera, por lo que consideraba el fin y la misión de su existencia.

Soloviov tuvo una visión *integral* de la naturaleza humana. El ser humano es una unidad espiritual viva, espíritu encarnado y carne espiritualizada y sólo partiendo del centro de su existencia se llega a comprender el sentido de su destino y de su historia, así como el valor de su creación. En consecuencia, Soloviov estaba convencido de que no se puede separar la biografía de un pensador –ni la de ningún ser humano– de aquello que él llamaba su «destino», de los avatares y quiebras de su pensamiento. No es posible separar, por un lado, el pensamiento de, por otro, la vida de quien piensa, porque el pensante, además de razonar, quiere, desea y siente.

Si revisamos la biografía y la obra de Soloviov, descubrimos que el núcleo de su pensamiento es la idea de la *Divinohumanidad*, de la divinidad potencial del ser humano y de la humanidad con la que Dios desciende hacia noso-

tros. Esta idea otorga un sentido a la historia universal como *proceso divino-humano*. En su juventud, Soloviov consideraba que la transformación del mundo, la divinización, acontecerá siguiendo el curso de la evolución, que afecta al universo entero. El reino de Dios se realizará en formas terrenas, como una teocracia concebida de un modo novedoso, a la que denominó «teocracia libre». Esta conclusión lo llevó a elaborar un plan para establecer una posible «política cristiana» y a proclamar la necesidad de establecer un «cristianismo universal». Precisamente esta idea movió a Soloviov a hablar, antes que nadie en su tierra, del ecumenismo y de la importante e imprescindible labor social de la Iglesia.

A promover la unión de las diversas confesiones cristianas, en especial de las Iglesias ortodoxa y católica, nuestro autor dedicó casi diez años —la década de 1880—, a los que solía referirse como «los mejores de mi vida». Fue, sin embargo, un periodo en el que sufrirá las más amargas decepciones, que finalmente lo llevarán a rechazar cualquier propósito de unión externa y a admitir que su proyecto de teocracia era utópico. Así, en sus últimos años el pensamiento teocrático quedó desplazado por otro de carácter «escatológico». La realización de reino de Dios en la tierra, que inicialmente concebía como el resultado del propio proceso evolutivo del universo y que, más adelante, consideró que precisaba de una política cristiana que garantizase y facilitase su llegada, la veía ahora teñida de tonos apocalípticos. Antes de la instauración del Reino y de la segunda venida de Cristo, el mundo se verá sometido al reinado de anticristo (con minúscula, que es como él lo escribía), durante el cual —como relata en el *Breve relato sobre el anticristo*, su testamento espiritual— tan sólo una pequeñísima parte de la humanidad se mantendrá fiel a Cristo y se salvará, mientras que la inmensa mayoría fracasará y se precipitará en el abismo.

La cosmovisión de Soloviov posee un marcado carácter histórico. Así se manifiesta en sus obras iniciales, escritas a finales de la década de 1870, como *Los principios filosóficos del conocimiento integral* (1877), *Conferencias sobre la Divinohumanidad* (1878-1881)¹ y *Crítica de los principios abstractos* (1877-1880). El joven Soloviov vive en un mundo dinámico, en proceso de transformación, y siente con intensidad el dinamismo inherente de nuestra realidad. En esto, su pensamiento sintoniza con el del resto de pensadores rusos. No en vano, desde Chaadáev y sus *Cartas filosóficas* los filósofos rusos siempre parecen pensar sobre la historia. En este sentido, Soloviov se muestra como el típico pensador ruso que, desde su juventud, tiene la sensación de que en este mundo algo se está consumando, de que está adviniendo algo cuyos indicios percibe, cuyos plazos trata de adivinar y cuyos movimientos subterráneos se esfuerza por rastrear.

Sin embargo, el interés de Soloviov por la historia no es objetivo y científico. No se sumerge en el pasado para escudriñar el presente y adivinar el futuro. No es un investigador histórico imparcial y desapasionado, sino un utopista, un poeta y un místico. Necesita esquemas, generalizaciones y síntesis no tanto para estudiar la historia cuanto para *construirla*. La historia es, más bien, una introducción a la escatología. Soloviov busca un sentido místico en los momentos y símbolos históricos, y lo hace desde la mística, a la que concibe no como contemplación extática, sino como dinamismo eterno, aspiración y movimiento hacia el Logos creador que transfigura este mundo. Nuestro pensador no aporta una definición precisa de periodos históricos, porque no lo considera esencial. Lo importante es que el curso del tiempo se muestra como un proceso teleológico, que

1. V. Soloviov, *Teohumanidad. Conferencias sobre filosofía de la religión*, trad. M. Albella, Sígueme, Salamanca 2006.

el cristianismo se manifiesta como una religión cósmica e histórica, que el sentido de la historia está en Cristo, suceso central no sólo de la historia de la humanidad, sino de la historia del cosmos entero, y que desde Él se establece el fin de la humanidad, la Divinohumanidad.

Soloviov es ejemplo de pensador comprometido con su visión del mundo, que vivía la filosofía y en la filosofía. Inició su andadura con una crítica tanto a la civilización como a la filosofía occidentales, como ya se aprecia en el título de lo que hoy llamaríamos su trabajo de fin de carrera: *Crisis de la filosofía occidental. Contra los positivistas* (1874). Coincide en esto con autores como Schopenhauer, al que se remitía en su juventud, o Kierkegaard, cuya obra desconocía; y en su tierra, con los eslavófilos, como Iván Kireevski, Alexéi Jomiakov y su amigo Iván Aksakov.

En su lucha contra la filosofía anterior, Soloviov se esforzará por desarrollar una nueva filosofía de la vida que aspira a unificar lo racional y lo irracional, el sentimiento y la razón, con vistas a lograr la anhelada síntesis entre lo divino y lo humano. Tal vez, lo original de nuestro pensador es que su filosofía se erige sobre una base exclusivamente religiosa. La filosofía, tal como él parece entenderla, debe ser una síntesis entre ciencia, filosofía y religión; debe ser capaz de desplegar toda la fuerza vital contenida en el cristianismo, cuyos dogmas se han convertido para muchos en letra muerta. De ahí su empeño por revitalizar el significado de dichos dogmas como fundamento filosófico, como directrices de la vida moral y como punto de partida para la organización de la sociedad.

La tarea de la filosofía es determinar el sentido y el fin más elevados de la vida. En consecuencia, va más allá de la búsqueda intelectual, convirtiéndose en una tarea fundamental para quien desee organizar su vida dirigiéndola hacia la meta suprema de la existencia. El ser humano pue-

de acceder al contenido más elevado e incondicional de la vida a través de la religión y de la filosofía. No obstante, mientras que la religión da acceso al principio supremo de un modo inmediato, la filosofía trata de encontrar una expresión racional a lo intuitivo en la revelación que permitiría mostrar la relación interna de ese principio con la vida inmediata de cada sujeto. Filosofía y religión, por su función interna, deben ir de la mano y complementarse mutuamente como contenido intuitivo y forma racional. Por otro lado, Soloviov llama misticismo a la filosofía entendida como fuerza dirigente de la vida, combinando el método racional de desarrollo y exposición con un acto místico, irracional e intuitivo por el que se capta el absoluto como realidad última, concreta y viva que determina tanto el ser del mundo como el del sujeto.

Los textos traducidos en esta selección pretenden ofrecer una panorámica de esta comprensión de la filosofía característica del gran pensador ruso. El primero es la introducción a una de sus obras centrales, *Los principios filosóficos del conocimiento integral*, que escribió en 1877, con solo veinticuatro años. Tras una estancia en el extranjero dedicada a recopilar información y material para su tesis, Soloviov consagró varios años al diseño de su sistema filosófico. Entre 1877 y 1880 compuso las tres obras en las que esboza las líneas generales de su sistema filosófico, ya mencionadas antes: *Los principios filosóficos del conocimiento integral*, *Conferencias sobre la Divinohumanidad* y *Crítica de los principios abstractos*.

En la «Introducción general» a *Los principios filosóficos del conocimiento integral* se encuentra el primer bosquejo de ese sistema. La filosofía, sostiene Soloviov, debe responder a la pregunta sobre el fin de nuestra existencia. Pero para ello se requiere hablar del concepto de germinación o crecimiento y del objetivo que persigue ese crecimiento.

Por otra parte, solo puede crecer algo vivo, de modo que Soloviov contempla la humanidad como un organismo vivo, sujeto de crecimiento histórico. Este, como cualquier crecimiento orgánico, pasa por tres fases: un estado embrionario inicial, una fase de diferenciación, y una unión libre y plenamente desarrollada de todo el conjunto.

En *Los principios filosóficos del conocimiento integral*, y siguiendo un esquema tripartito omnipresente en su pensamiento, diferencia tres esferas o principios que definen la naturaleza humana: razón, voluntad y sentimiento. Dichas esferas se encuentran en el mismo nivel axiológico y ontológico. No hay, pues, una esfera superior a otra, ni subordinación ni disolución de unos ámbitos en otros. Lo que Soloviov busca es la cooperación y la integración de las diferentes dimensiones de la vida humana en un sistema que permita transferir los resultados de unas a otras, establecer paralelismos entre procesos epistemológicos, sociopolíticos y artístico-creativos, buscar las estructuras que atraviesan y permiten conocer el espacio en el que la verdad se cruza con el bien y la belleza, correlacionar las diversas fuerzas que actúan en la vida de la humanidad.

El segundo texto es *La tarea histórica de la filosofía*. Se trata de la lección inaugural que Soloviov impartió el 20 de noviembre de 1880 en la Universidad de San Petersburgo. Es importante para entender su concepto de la misión y el fin de la filosofía.

Unos meses antes, el 6 de abril de 1880, nuestro autor había defendido la tesis doctoral titulada *Crítica de los principios abstractos*. Se trata de otra obra central para el establecimiento de su sistema filosófico, a pesar de que quedó inconclusa. Soloviov la concibió en tres partes: ética, gno-seología y estética, pero en la tesis sólo expuso las dos primeras, dejando como tarea pendiente desarrollar el área de la estética. Pero, por los avatares de su biografía, no pudo

hacerlo. En su momento, su defensa de la tesis se convirtió en todo un acontecimiento social, algo insólito para un acto académico de ese tipo. Tal repercusión quizá se explica porque, especialmente tras la lectura de las *Conferencias sobre la Divinohumanidad*, Soloviov había ganado una fama en la ciudad que desbordaba el ámbito universitario².

Tras obtener el doctorado y conseguir un puesto como profesor titular en la Universidad de San Petersburgo, Soloviov inaugura su labor docente con *La tarea histórica de la filosofía*, como decíamos. La filosofía –argumenta– ha hecho plenamente humano al ser humano, ha asumido históricamente la tarea de liberar al yo individual. Ha servido a la verdad cristiana y, con ello, ha realizado una gran contribución que hay que continuar, porque el cristianismo no nos promete sólo un nuevo cielo, sino también una nueva tierra, unida al cielo, un mundo donde la materia recupera sus derechos, donde advendrá el reino de Dios. Esta lección inaugural de Soloviov está cargada de utopismo religioso, concibiendo el proceso histórico y cósmico como una marcha triunfal hacia su fin, que es el establecimiento del reino de Dios.

El entusiasmo y la fe del joven profesor, su carisma y personalidad, inevitablemente encandilaron a sus alumnos. El número de asistentes a sus clases aumentaba con cada lección, hasta el punto de que la universidad se vio obligada a habilitar el salón de actos, la dependencia con mayor capacidad del edificio, para que Soloviov las impartiera allí. Según N. Nikiforov, que fue testigo de su labor docente, Soloviov fomentaba constantemente la participación activa

2. Los datos de esta presentación están tomados de las biografías, ya clásicas, más aceptadas por los estudiosos de la vida y obra del filósofo ruso, entre ellas: S. Soloviov, *Zhizn' i tvorcheskaia evoliutsia Valdimira Soloviova*, Zhizn'c Bogom, Bruxelles 1977; K. Mochulski, *Vladimir Soloviov. Zhizn' i uchenie*, Bekhi, Moscú 2004; A. Losev, *Soloviov i ego vremia*, Molodaia gvardia, Moscú 2009.

de su auditorio, escuchando y valorando cada intervención. Algunos de sus alumnos continuaban los debates fuera de las aulas, acudiendo incluso al modesto piso en el que residía su profesor en San Petersburgo, donde siempre fueron bien recibidos.

Como queda de manifiesto en esta lección inicial, la filosofía para Soloviov es una filosofía de la vida. La idea de vida y la de organismo son conceptos referenciales básicos en su pensamiento, y a tratar de definirlos y clarificarlos dedica parte de sus esfuerzos teóricos iniciales.

El siguiente escrito de nuestra selección es un discurso dictado en la Sociedad de Crédito de San Petersburgo. Esta intervención es prueba del profundo compromiso vital del filósofo ruso con sus ideas y convicciones. En el momento de pronunciarlo, Soloviov tenía delante de sí una prometedora carrera como docente y académico. Pero las opiniones que manifestó acerca de un grave acontecimiento histórico ocurrido pocas semanas atrás truncaron para siempre ese incipiente camino.

El zar Alejandro II había muerto el 1 de marzo de 1881, cuando se dirigía al Palacio de Invierno, a consecuencia de un atentado con bomba perpetrado por miembros del grupo terrorista «Voluntad Popular». El día 13 de ese mismo mes, Soloviov intervino en los cursos femeninos superiores de la Universidad de San Petersburgo con un discurso en el que expresaba su más enérgico rechazo al movimiento revolucionario y a sus métodos. La cosmovisión revolucionaria –afirmó, según testimonios de las presentes– ha renunciado a todo principio teológico y a la propia idea metafísica de persona. Por ello, sólo les queda la naturaleza animal, cuya acción es la violencia. En el movimiento revolucionario se oculta una mentira. Si buscarse el reino de la verdad, no emplearía la violencia como medio para conseguir sus fines. Pero, al recurrir a ella, está reconociendo que la verdad

que supuestamente defiende es impotente. «Si el ser humano –concluía Soloviov– no está abocado a regresar a un estado de animalidad salvaje, toda revolución fundada en la violencia carece de futuro».

Pero este no fue el único discurso que pronunció con motivo del asesinato de Alejandro II. Dos semanas después, el 28 de marzo de 1881, dictó en la Sociedad de Crédito otro discurso que puso fin de manera irreversible a su recién iniciada y prometedora carrera académica, y que es el que incluimos en esta selección. En él, Soloviov insta al nuevo zar a perdonar la vida a quienes atentaron contra su padre, porque un Estado no puede llamarse cristiano y aplicar la pena de muerte³.

Según testimonios de la época, al discurso asistieron unas ochocientas personas. Soloviov gozaba por aquel entonces de un gran poder de convocatoria. Los testimonios de los presentes, aunque difieren, coinciden en que, cuando finalizó, en la sala se hizo un silencio glacial. Según algunos, al cabo de unos segundos parte del público rompió en gritos de rechazo, incluso de ira, hacia el orador, al que tildaban de traidor y terrorista. Otros, en cambio, comenzaron a aplaudir con entusiasmo, especialmente los estudiantes presentes. Algunos testimonios hablan de que fue llevado en hombros alrededor de la sala por los más apasionados, que reconocían en Soloviov a su nuevo líder. En cualquier caso, lo cierto es que este discurso, que más que una defensa de los asesinos del zar es un particular alegato contra la pena de muerte, fue un acontecimiento con bastante repercusión social en su momento. No era eso lo que buscaba su autor.

3. El texto que se traduce es la transcripción del discurso que realizó M. I. Voskresenskaya, ya que el original no se ha conservado. Dicha transcripción fue encontrada en los archivos estatales de la Federación de Rusia por O. Ivantsova y publicado por primera vez en la revista *Solovievskie issledovania* 37 (2013) 75-82.